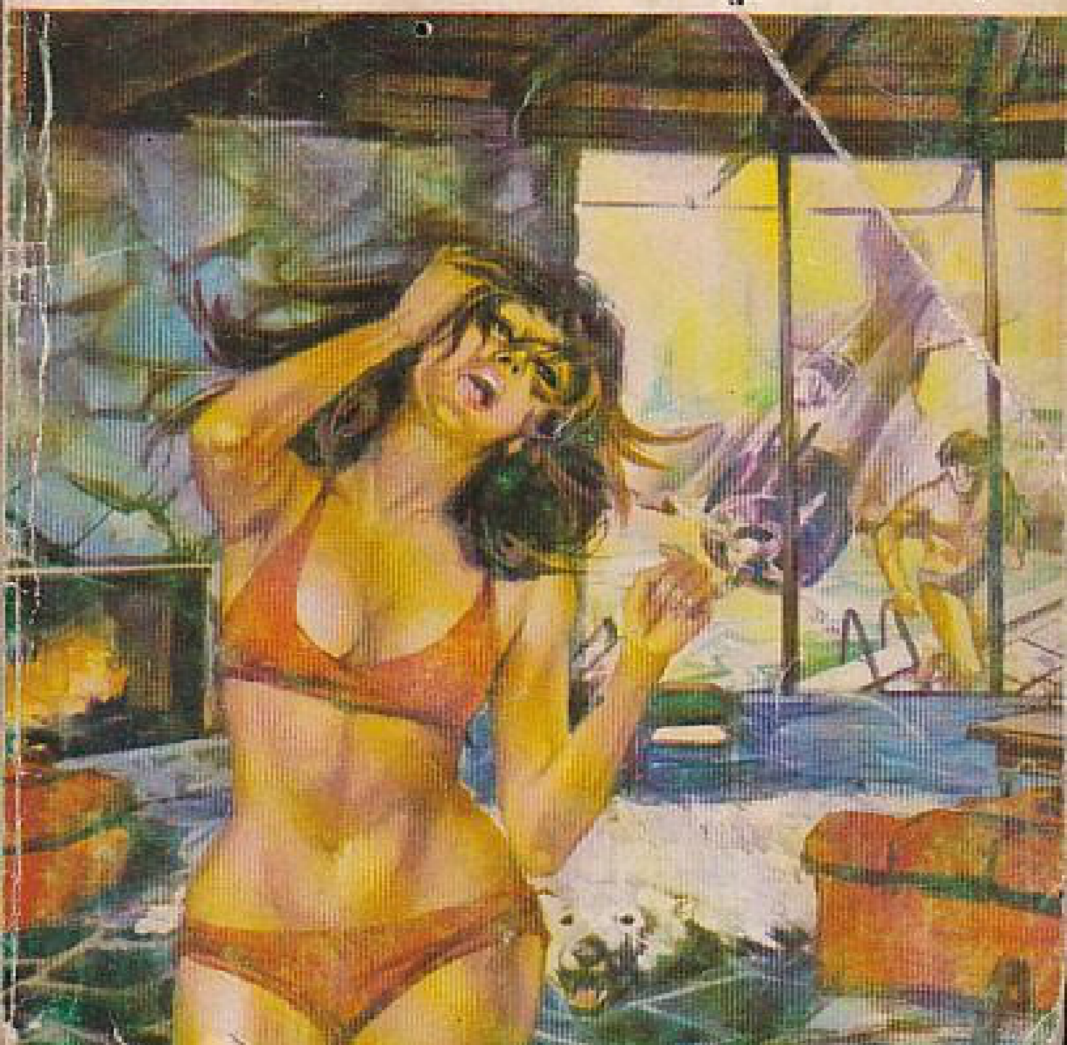


BOOM! BROS
LIBRERÍA

PUNTO
ROJO

LA MUERTE LLEGA VOLANDO

HPDC Joseph Berna



JOSEPHBERNA
LAMUERTELLEGAVOLANDO

ColecciónPUNTOROJO n.
°1027 Publicaciónsemanal



EDITORIALBRUGUERA,S.A.

BARCELONA-BOGOTA-BUENOSAIRESCARACAS-MEXICO

ULTIMASOBRASDELMISMOAUTORPUBLICADASPORESTAEDITION

1.629—LafórmulaKG-202.EnColecciónKANSAS:

843—LaeleccióndemissOklahoma.

EnColecciónCOLORADO:

841—

Unosadocaliforniano.EnColecciónBISONTESERIEAZUL:

572—¡Desenfunda,lentorro!

EnColecciónBUFALOSERIEAZUL

497—Sally,laindomable.EnColecciónPUNTOROJO:

987—Gatosasesinos.EnColecciónCALIFORNIA:

1.318—LashijasdeThomasDillon.

ISBN84-02-02520XDepósito legal: B.32.390-3981

Impreso en España Printed in Spain

1.ª edición: diciembre. 1981

© Joseph Berna-1981 texto

© Miguel García 1981 cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A. Camp

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con perso

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.A. Parets del Vallés (N-

21,650) Barcelona-

1981

El «Ford-

Mustang» se detuvo frente a la verja que cerraba la entrada al villado de Charles Hampton.

Tras ella, había tres hombres, altos y corpulentos, vigilando el exterior. Dos de los armamentos apuntaron inmediatamente hacia el «Mustang» blanco.

El tercer individuo se le volvió al manoala axila izquierda, pero si había necesidad de

Todoparecíaindicarqueno,porqueel«Mustang»loconducíaunamujer,joveny

atractiva, de preciosa cabellera rubia, un tanto revuelta. Los tipos, sin embargo,

Sabíanqueundescuidosuyo,por mínimoquefuera, podía costarle la vida a Charles

Hampton, cuyos enemigos se contaban por decenas. Y no sólo en San Francisco.

Charles Hampton tenía enemigos al largoy ancho de todo el país. Incluso fuera

Y muchos de esos enemigos deseaban su muerte, la mayoría de ellos con razón, pero

Charles Hampton les había hecho cada faena...

Hampton, consciente de ello, había hecho instalar en su villa todo tipo de medidas

Er prácticamente imposible salvar todas esas dificultades y llegar hasta Charles

Lachica rubia que había llegado con el «Mustang» observó a los tres gorilas atra

No pareció asustarse por el hecho de que un par de metrallas apuntasen hacia él

Después, abrió la puerta y salió del coche, de cuyo asiento tomó su bolso. Se lo

Los ojos de los tres hombres se clavaron en la maravillosa figura de la muchacha

Lachica, que aparentaba unos veinticuatro años de edad, vestía pantalón blan

Se detuvo a media metro escaso de la verja y dijo:

—Buenos días.

El tipo que había estado apuntando sacó su «Luger», retiró el seguro y apuntó

—¿Qué deseas, preciosa?

—Hablar con el señor Hampton.

—¿Quiénes?

—Mellamo Connie Frazier, y soy periodista.
—Metemo que has perdido el tiempo, pues.
—¿Por qué?
—Al señor Hampton no le gustan los periodistas.
—Yo sí le gustaré.

—¿Por qué está tan segura?

Connie Frazier se quitó las gafas desol y mostró sus ojos, grandes, de pupilas azules.

—¿No os gusta a vosotros, muchachos..?—

preguntó, con picarason risa. Los tres hombres volvieron a escrutarla de pies a cabeza.

Ella la «Luger» sonrió y respondió:

—A nosotros nos gusta mucho, rubia.

—

También le gustará al señor Hampton. Aunque sea periodista. Decidle que quiere.

—rogó Connie.

—¿Puedes demostrarlo, guapa?

—¿El qué?

—Que eres periodista.

—

Oh, sí. Naturalmente que puedes demostrarlo. Llévome carné en el bolso. Os lo enseñaré.

—¡Quieta!—

gritó el tipo de la «Luger», llevándose de nuevo la mano a la axila.

Connie Frazier, que se disponía a abrir subolso, para sacarse carné de periodista.

—¿Qué pasa? ¿Yano queréis verme carné?

El gorila que llevaba la voz cantante alargó su zarpaizquierda y la pasó por entre las piernas.

—Dame tu bolso, rubia. Yo sacaré el carné.

—¿No os fiáis de mí?

—Nosotros no nos fiamos de nadie.

—Está bien, toma mi bolso y regístralo—sonrió Connie.

—, Pero hazlo con cuidado, por favor. Entre otras cosas, llevo un pequeño magnetófono.

El tipo frunció el ceño.

—¿Por qué llevas eso?

—Son imprescindibles para mi trabajo. Ya he dicho que soy periodista,

¿no?

—Sí, y a lo has dicho—

gruñó el individuo, y abrió el bolsode Connie Frazier.

Mientras lo registraba con ciertas precauciones, sus compañeros no apartaban la vista.

El tipo de la «Luger» encontró el carné de periodista de Connie Frazier. Le echó una

ojeada. Después, observó detenidamente el pequeño magnetófono y la minúscula

Parecían ser simplemente eso, un magnetófono y una cámara fotográfica.

—Con cuidado, por favor—insistió Connie.

—.. Ambos objetos son muy delicados.

—También pueden ser muy peligrosos—repuso el gorila.

—¿Peligrosos?... No entiendo.

—
Hoyendíasefabricanarmasmuysofisticadas.Laperiodistaseechóareír.

—Síquesoisdesconfiados,hijos.

¿Miraquepensarquemimagnetófonoymicámarafotográficapuedenserdosa
Esparamondarse.Y,puestosapensarmal,tambiénmilápizdelabiospodríaser
¿Yquémedecísdelbolígrafo...?

Podríatratarsedeunpequeñorifle.Odeuncañónenminiatura...

¡Repitoqueesparamondarse!—volvióareírConnie.

Eltiposoltóungruñidoycerróelbolso,peronoselodevolvióalaperiodista.

—Esperaunmomento,rubia.

—¿Quéespero?

—Voyadecirlea!

señorHamptonqueestáaquíydeseasverle.Eltambiénteveráati,graciasaesac

—elgorilaseñalólacámaraqueenfocabalaverja

—.Siaccedearecibirte,tedejaremosentrar y telledaráhastaél.Sino,tendrásqu

—Muybien—

sonrióConnie,mirandoalacámaradetelevisión,yseordenólarubiabellerac

Eltiposeintrodujoenlacasetaquehabíaa pocos metros delaverja, parahablar

CharlesHampton.

Casialmismotiempo,seoíaelruidodeunmotor.

ConnieFraziermiróelazuladoyluminosocielo,pensandoquesetratabadeunh

Losdosgorilasqueempuñabanmetralletastambiénmiraronhaciaarriba.

—¡Gordon!—gritóunodeellos.

Eraelnombredeltipodela«Luger»,quiensaliócorriendodelacasetayextrajos

—¿Quésucede?

—¿Nooyes?

Gordonmiróelcielo.

Justoenaquelmomento,aparecióelaparato volador que causaba aquel ruido.

No,nosetratabadeunhelicóptero,sinodeunpequeñoavión,dirigidoporcontr

ConnieFrazier y los tres hombres observaron el avión, que trazó un medio círculo en el

aire,aunos quince metros de altura, y luego desapareció, sin haber llegado a cru

Gordonsonrió.

—
Falsaalarma,muchachos.Elaeromodelismoestátomandounaугетremendo.

—Megustaríatenerunaparátitodeéso—

dijoelindividuoquellamaraaGordon.

—Yamí—dijoelotro.

ConnieFrazieremitióunsuavecarraspeoypreguntó:

—¿QuéhadichoelseñorHampton?¿Accedearecibirme?

—Nomediotiempoahablarconél—

respondióGordon,ysemetiódenuevoenla

caseta, devolviéndola «Luger» a la funda axial.

Mientras Gordon hablaba con Charles Hampton, el pequeño avión apareció.
Los tipos de las metralletas no se alarmaron en esta ocasión, y contemplaron sonrientes

el dinámico y perfecto vuelo del avióncito.

Incluso se olvidaron de vigilar a Connie Frazier.

El descuido, sin embargo, no trajo consecuencia alguna, porque la periodista

El avión, estavez, sí llegó a cruzar el límite de la propiedad de Charles Hampton.

El dueño del avión, desde el otro lado de la colina, no podía ver si el aparato sob

Además, no molestaba a nadie.

El vuelo del avión proporcionaba una distracción, no una molestia.

Gordon acabó de hablar con Charles Hampton y salió de la caseta, justo cuando

—Hastenido suerte, rubia—dijo, sonriendo.

—¿De veras?—se alegró Connie Frazier.

—Sí, el señor Hampton te recibirá.

—Estupendo.

—Abre la puerta—indicó Gordon a los tipos de las metralletas.

Uno de ellos accionó un resorte instalado en la tapia, junto a la verja, y ésta se abrió.

La periodista cruzó la puerta, que al instante comenzó a cerrarse.

—¿Me devuelves el bolso, guapo?

—Yo te lo llevaré.

—Atítese un mal, Gordon.

—No importa.

—Seguí sin fiaros de mí, ¿eh?

—Así es.

Connie suspiró.

—Está bien, llévame con el señor Hampton.

—Todavía no. Antes tengo que registrarte. La periodista respingó.

—¿Registrarme...?

—Sí, son órdenes del señor Hampton.

—No me gusta que me soben, ¿sabes?

—

Lo siento, pero es inevitable. Si quieres ver al señor Hampton, tendrás que permitirme.

Connie Frazier no tuvo más remedio que acceder, aunque de muy mala gana.

—De acuerdo, regístrame. Pero no trates de aprovecharme, ¿eh, Gordon?

—Descuida, preciosa. Yo soy un caballero—

sonrió el gorila, con ironía, y luego guiñó disimuladamente el ojo a su compañero.

Losdelasmetralletasleenviaron.

Gordonempezóapalparelcuerpodelaperiodista, recreándoseenlaszontasde

Conniesedejótantearlascaderas, losmuslosylasnalgas, pero cuandola smanazasde

Gordoncomenzaronaoprimirsuspechos, lesoltóunzarpazoyseretiróbruscan

—¡Teestásaprovechando, sinvergüenza!

Gordonysuscompañerosrieron.

Elprimero, congestocínico, dijo:

—Sólocumploconmiobligación, rubia.

—¡Puesseacabó! OmellevasconelseñorHampton, omelargo.

—Tranquila, queelcacheoyaterminó. Anda, venconmigo.

Gordonecháandar, yConniefuetrasél, ceñudayconmuchocolorenlasmejilla

GordonyConniealzaronlamirada, asícomolostiposdelasmetralletas. Elavión

CruzóellímitedelapropiedaddeCharlesHampton. Ibadirectohacialamagnifi

Haciaeljardín, másconcretamente. AllíseencontrabaCharlesHampton. Echa

Juntoalahermosapiscina. Lucíaunescueto bañadorrojo.

CharlesHamptonhabíacumplidoyaloscuarentaños, peroera unhombre fuer

Nadandoenlapiscinahabíatresmujeresjóvenesy deseables.

EranlasactualesamiguitasdeHampton.

Legustabantolasmujeres, quenoseconformabaconlacompañíadeunasola

Laschicaslucíanminúsculosbikinis.

Unadeellassehabíadesprendidodelapiezasuperior, ylasotrasdosnotardaron

Loscuatrohombresquevigilabaneljardínse lascomíanalastresconlosojos. Ch

Else lascomíaconlosdientes, queeramuchomejor.

Elruidodelmotordelpequeñoaviónempezóaoírseeneljardín. Todosmiraronl

Elaviónapareció.

CharlesHampton, queolfateabaelpeligrocomonadie, tuvola razonadadequ

Ynoseequivocó. Porélvénía.

Hamptonbrincódelatumbonaysearrojódecabezaalapiscina, pensandoqu

En estos íseequivocó, porque el avión, expertamente dirigido, se lanzó prácticamente a la parato chocó contra el agua de la piscina.

Al instante sobre vino una terrible explosión.

Los cuerpos de Charles Hampton y sus tres amigos saltaron por los aires, juntos.

La onda expansiva alcanzó también a los cuatro hombres que vigilaban el jardín, cayendo varios metros más allá, prácticamente reventados.

Nadie se salvó.

Las ocho personas que se hallaban en el jardín, en el momento de la explosión, una muerte que había llegado volando...

El teniente Okeland, de la policía de San Francisco, fue avisado de que en la villa de Charles Hampton se había producido una tremenda explosión.

Burke Okeland, de treinta y tres años de edad, elevada estatura, hombre seco pa-

Cuando, todavía en la ira, Burke descubrió un «Ford-Mustang» blanco detenido frente a la villa de Charles Hampton, sintió

Sabía que se trataba de!

coche de Connie Frazier, la atractiva periodista de *El Herald de San Francisco*, co-

Burke temió que la muchacha hubiese resultado alcanzada por la explosión, y

Con el corazón oprimido, el teniente Okeland ordenó al piloto del helicóptero

El piloto obedeció y paró el motor, aunque las hélices siguieron girando y pro-

Burke Okeland y tres policías saltaron al suelo y corrieron, encogidos, hasta salir del

remolino de aire.

Laverja, en aquellos momentos, no estaba vigilada por nadie, porque los dos hor-

El espectáculo no podía ser más escalofriante, más horroroso, más aterrador. Lo

Erancuatro masas de carne deformes, ensangrentada, destrozada.

Los otros cuatro cadáveres, los de los hombres que vigilaban el jardín no estaban

Connie Frazier no pudo soportar tanto horror, y sintió deseos de vomitar. Se retiró

Así la encontró Burke Okeland.

La periodista no lo vio a él, porque tenía los ojos cerrados.

Seguía a lo largo de la mañana sintiendo náuseas, aunque ahora eran más fáciles de ven-

Burke se arrodilló junto a ella y la cogió de los hombros.

—Connie...

La periodista abrió los ojos.

—Hola, teniente Okeland—musitó débilmente.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, aunque sigo viviendo milagro. Un par de minutos más, y mi cuerpo estaría ahora

tandespedazado comolosotros.

—¿QuéhaceustedenlavilladeHampton,Connie?

—Vineparahacerleunaentrevista.

—Hamptonnoconcedíaentrevistasanadie.

—

Losé.Peroyoteníalaesperanzadequeamísímelaconcedería.Ynomeequivoco

—¿Avión?...¿Quéavión?—preguntóBurke.

—

Elquetransportabalabomba.Unpequeñoaparato,pilotadoporcontrolremoto

—Sigasentadaaquí.Prontosese sentirámejor.

—Seguirésuconsejo,tenienteOkeland.

—Sisiguiératodoslosconsejosqueledoy,nosemeteríaentantoslíos.

—¿Conocealgúnperiodistaquenosemetaenlíos?

—Entantoscomusted,ninguno.

—Loquepasaesqueustedmetienemanía,teniente.

—Yonoletengomaníaanadie.Siledoyconsejos,esporsubien.

—Megustaríaacreerlo.

—¿Porquécreequeselosdoy,entonces?

—Porquemeconsideraunaentrometida.

—Yloes.

—¿Love?

Burkeemitióungruñido.

—Notengotiempodediscutirahora.Espéremeaquí,Connie.

—

Nomemoveré,descuide.Entreotrascosas,porquenomesientoconfuerzassufi

—Volveréenunosminutos.

—Aquímeencontrará.

EltenienteOkelandsealejó,caminodeljardín.

Lostrespolicíasquehabíanvenidoconélenelhelicóptero,yaestabaninterroga

Gordonyalosotrosgorilas.

Burkeechóunarápidaojeadaatodo,quedandohondamenteimpresionado,tar

La versión de Gordony sus compañeros coincidió totalmente con la que había dado

Connie Frazier.

—¿Tienes idea de quién planeó el vuelo del avióncito, Gordon?
El gorila sacudió la cabeza.

—
Ninguna, teniente. El señor Hampton tenía muchos enemigos, como usted y yo.

—Sí, no será fácil averiguarlo.

—Nosotros lo averiguaremos, teniente. Burke le apuntó con el dedo.

—Gordon...

—
Ahórrese sus palabras, teniente Okeland, porque no vamos a hacerle caso. Venga.

—Los tiempos de Al Capone pasaron ya, Gordon.

—¿Qué quiere decir con eso?

—
Los sabe perfectamente, no necesito explicárselo. Quiero que tú y el resto de hom-

—Ustedes no conseguirán nada, teniente. Sus métodos, en un caso como éste, no

sirven. Nosotros, en cambio, sabemos qué clases de métodos debemos emplear. Y

—
Gordon, te ordeno que tú y tus compañeros os mantengáis al margen. Voy a ocuparme.

—¿Y qué harán después, meterlo en la cárcel?—
sonrió sarcásticamente el gorila.

—Eso no nos conviene, teniente. El culpable de la muerte de Charles Hampton, Burke fue a insistir, pero Gordon le dio la espalda y se alejó.

EltenienteOkelandregresójuntoaConnieFrazier.

—¿Sesientemejor,Connie?

—Sí,parecequesí.¿Quétalsesienteusted,teniente?

—Nomuybien,deboconfesarlo.

—Estáunpocopálido.

—Elespectáculoeshorrendo.

—Sí,síqueloes.Nohayestómagoqueioresista.

—

Lasambulanciasnotardaránenllegar.Cuandoloscadáveresseanretirados,po

—¿Fotos?

—

Sí,parasureportaje.Porquesupongoquequerrácontarloquehapasadoaquí,er
¿Ono...?

—

Bueno,amenoqueustedmeloprohíba,creoquetengolaobligacióndeinforma

—¿Noescribiríaelreportaje,siyoseloprohibiera?

—Naturalmentequeno.

—Embustera.

—¿Leheengañadoalgunavez,teniente?

—Docenasdeveces.

—Exagerado.

—Ustedsabequeresverdad.

—Insistoenquemetienemanía.

—Estábien,dejémoslo.

—Demelamano,teniente.

Burkelohizoylaperiodistaseincorporó.

—Gracias,muyamable—dijoConnie,conunasuavesonrisa.

—¿Meprestasucoche?

—¿Adóndequiereir,teniente?,

—Alotroladodelacolina.Talvezencuentrealgunapista.

—Yolellevaré.

—Gracias,peronoquieroqueesemoleste.

—Loharéconmuchogusto,teniente.

—Prefieroquesequedeenlavilla,haciendofotos.

—Yalasharédespués.

—Estáempeñadaenacompañarme,¿eh?

—¿Lemolesta?

—

No,sucompañíanomemolesta.Perocomoencuentrealgunapista,ylamenciona

—¡Québasto,teniente!—rióConnie.

—Deretorcerlesulindocuello.¿Quedamásfinoasí?

—Muchomásfino,sí.

—Habloenserio,seloadvierto.

—

Losé,teniente.Peronosepreocupested.Ledoymipalabradequemelimitaréa

—Estábien,vamos—gruñóBurke,ylacogiódelbrazo.

—Cuidado,novayaadejarmemanca...

—Tengolasmanosfuertes,peronotanto.

—Nomegustaríasentirlasenmicuello.

—Nohagaméritosparaello,ynoselaspondré.

—Nolosharé,seloprometo.

Segundosdespués,alcanzabanlaverja.Seguía cerradaysinvigilancia.

Burkelaabrió,accionandoelmecanismo.

Justoenaquelmomento,llegabanlasambulancias.

—¿Insisteenacompañarme,Connie?

—Insisto.

—Muybien—rezongóBurke,ylacogiónuevamentedelbrazo.

Salierondelavillaysubieron al«Mustang»,mientras lasambulanciassemetían

—¿Seguroqueestáencondicionesdeconducir?—preguntóBurke.

—¿Prefierehacerlousted,teniente?

—Creoqueeríalomejor.

—Deacuerdo,cambiemosdeasiento.

—¿Sinsalirdelcoche?

—

Nohaynecesidaddeello.Yolevantounpocomitraseroyustedsedeslizapordeb

—Loencuentromuycomplicado.

—Quéva,eslamardesencillo.Inténteloyverá—

insistióConnie,yaupósusprietasposaderas,queelceñidopantalóndibujabaco

Burkecarraspeóysedeslizóenelasiento,pasandosucuerpopordebajodelsuge

Inevitable...ysumamenteexcitante.

Deliberadamente,ConnieFrazierbajóunpardecéntímetrosloqueutilizaba

BurkeOkelandcarraspeódenuevo.

—Nopuedopasar,Connie.

—Encójaseunpoco,teniente.

—Estoyencogidodeltodo.Imposibleencogermemás.

—Puesyotampocopuedoauparmemás.Micabezatropiezaconeltechodelcoche.

—

Yaledijequeestoeramuycomplicado.Sinoshubiéramosbajadodelcoche...

—
Hombre, tampoco es para lamentarse. Al fin y al cabo, es una mujer la que está sen-

—No es desagradable, pero sí muy embarazoso. Y no me preguntes por qué, que usted

ya es mayorcito y debes saberlo. La periodista rió.

—¿Le excitatenermesentadasobreusted,teniente?

—Sí, no puedo evitarlo.

—¿Qué divertido.

—
Amínome divierte en absoluto. Es por eso por lo que le ruego que me ayude a des-

—Dígame lo que quiere que haga, teniente.

—Encoja el trasero todo lo que pueda.

—Lo intentaré.

Connie se aupó un par de centímetros.

—¡Ahora, teniente!

Burke se deslizó un poco más en la silla y consiguió salirse de debajo de las pos-

—¡Loloreé!

—Usted se lo pierde.

—¿Cómo?

—Decía que gracias a que usted empujó fuerte.

Burke no estaba muy convencido de que era solo que él había oído antes, pero no

Poco después, deteniéndose el coche al otro lado de la colina. Burke y Connie saltaron a

El lugar estaba tranquilo y solitario.

Burke lo escrutó todo, pero no encontró nada que le sirviera de pista para iniciar la

Desde la cima de la colina, y con la ayuda de unos prismáticos de largo alcance, po-

—El tipo controlaba el avión desde aquí—dijo Burke—. Vigila el jardín, con un

catálogo de unos prismáticos potentes. Vea a Charles Hampton... Debió ser muy

—Y sin dejar rastro alguno—añadió Connie.

—Por desgracia, así es.

—Vaya ser muy difícil descubrir al autor de la matanza,

¿verdad, teniente?

—
Muy difícil, sí. Pero lo intentaremos. Los hombres de Hampton también lo inten-

—¿No puede impedirlo, teniente?

—
No, no puedo hacer nada, pero en el momento. Me gustaría arrestar a Gordon y a los

demás, pero no puedo acusarles de nada.

—Esterrible.

—

Volvamos a la villa, Connie. Aquí ya no tenemos nada que hacer. Descendieron

—¿De verdad no le importa que escriba el reportaje, teniente Okeland?

—preguntó la periodista.

—No, puedo hacerlo.

—Si quiere que omita algún detalle, dígamelo.

—¿Para qué? Sé que no me haría caso.

—Le prometo jugar limpio esta vez, teniente.

—

No me fié de las promesas de los periodistas. Y, menos si el periodista en cuestión

—No volverá a suceder, le doy mi palabra.

—¿Cómo puedo estar seguro?

—Quiero llevarme bien con usted, teniente.

—Es difícil que un policía y un periodista se lleven bien.

—Intentémoslo. Sé que lo podemos conseguir.

—Tendrá que cambiar usted mucho, Connie.

—Cambiaré todo lo que haga falta.

—

¿Puedo saber por qué es ese súbito interés en llevarse bien conmigo, Connie?

—

No es un interés súbito, viene de largo. Lo que sucede es que usted no me da nunca

—Y siempre con razón, admítalo.

—

Tal vez fueramí la culpa, no voy a negarlo. Pero ya he dicho que estoy dispuesta a

Burkeno pudore primir una sonrisa.

—Lo celebraría de verdad—

dijo, y metió el «Mustang» en la villa de Charles Hampton, porque ya habían lleg

Tan pronto como abandonó la villa del infortunado Charles Hampton, el teniente Okeland inició la investigación.

Lo primero que hizo fue confeccionar una lista con los nombres de las personas. Endicha lista, por el momento, sólo incluyó los nombres de los que vivían en San Francisco, porque era a los únicos que él podía interrogar.

Silamuerte de Charles Hampton había sido planeada por alguno de los enemigos de Burke, confiaba en que no sería así, que el responsable de la matanza de la villa de Hampton viviese en San Francisco.

El primer nombre que figuraba en la lista de enemigos de Charles Hampton, era el de Conrad Marlowe, el propietario de La Sota de Oros, un magnífico club nocturno. Aparentemente era el único negocio de Marlowe.

Pero Burke sabía que tenía otros, todos ellos clandestinos, aunque no pudiera. Burke, sin embargo, no perdía la esperanza de atrapar algún día al zorro de Marlowe. Acompañado de tres de sus hombres, el teniente Okeland se presentó en el club de Conrad Marlowe.

La puerta principal estaba cerrada, pues el club no abría durante el día, así que Burke, al instante, cuatro de los gorilas de Marlowe le escerraron el paso.

—¿Qué se le ofrece, teniente Okeland?—

preguntó uno de los tipos. Se llamaba Fred, y era el brazo derecho de Marlowe.

Un elemento sumamente peligroso. Burke lo conocía bien.

—Quiero hablar con tu jefe, Fred.

—El señor Marlowe está ocupado en este momento.

—¿Con alguno de los artistas del club?

—Eso a usted no le importa.

Burke miró por encima del hombro de Fred.

—La que está ensayando es un monumento de chica—

comentó, después de fijarse bien en la rubia platino que, al compás de una suave

La artista de *strip-*

tease y se había despojado del largo y brillante vestido, quedando en braguitas.

Fred hizo un gesto con la mano y los músicos se dejaron de tocar, obligando a la rubia

Burke a compus una mueca.

—¿Porquéhashechoeso,Fred?

Ahoraquelacosaempezabaaponerseinteresante...

—

Siquierecontemplaraesarubiaencueros,vuelvaalanocheypaguecomotodo

—Vamos,sébuenchico,Fred,ydileatu jefequedeseoverle.

—LerepitoqueelseñorMarloweestáocupado,teniente.

—Meurgehablarconél,Fred.

—Losiento,peroahoranoselepuedemolestar.

—¿Estáensudespacho?

—Si.

—Voyparaallá.

—¡Quieto!—

ordenóFred,poniéndolelamanoenelpecho.Burkelepusolasuyaenelestómag

Peroselapusocerrada.

Elmatónsedoblóalrecibirelpuñetazo,emitiendounrugido.LaotramanodeBu

Ycayóabierta.

Elgorilasedesplomócomounaresapuntillada,quedandotendidodebrucesen

LosotrostresmatonessaltaronobreeltenienteOkeland,peroéstesevioinmed

Enpocomásdeloque setardaendarunestornado,lostresgorilasseencontraron

—Vigiladlos—

indicóBurkeasushombres,yechóaandarendireccionaldespachode

ConradMarlowe.

Deprontosedetuvoymiróalaartistadestrip-

tease,queseguíaenlapistadeatracciones,lasmanosapoyadasensusexuberant

—¿Porquénocontinúas,preciosa?

—Mefaltalamúsica.

Burkedesviólamiradahacialosmúsicos.

—Tocad,pandilladevagos.

Losmúsicosnosehicieronrepetirlaorden.

Larubiaplatinosonriósensualmenteyempezóamoversedenuevocomounaco

Burkeesperóaquelaartistasedespojaradeladescaradaprendaymostraradesn

—Menudopardehuchas...—murmuró.

Larubialeguiñópicaramenteelojoysedispusoabajarse;aúnicaprendaquecor

Burketosióydijo:

—Sigueensayando,preciosidad.Luegoveréloquemefalta.

LaartistaquedóuntantodesilusionadaalverqueeltenienteOkelandseencami

dedicó a los tres policías que vigilaban a los matones de Marlowe. Eso que salieron
Burke alcanzó el despacho de Conrad Marlowe.

Sin molestarse en llamar, abrió la puerta y se introdujo en él. Marlowe, efectivamente,
pero que muy ocupado. En plena faena, vamos.

Y la despachaba al mar de bien.

De haber sido torero, le hubieran dado las dos orejas y el rabo.

—Caramba, cuánto lo siento..—dijo Burke, fingiéndose sorprendido.

Conrad Marlowe desgranó una maldición, mientras se retiraba apresuradamente.

Luchó para cerrarla a tiempo, pero Marlowe se apartó de ella, pero Burke tuvo tiempo.

Conrad Marlowe se abrochó el pantalón nerviosamente e indicó;

—Lárgate, preciosa. Luego continuaremos.

Lapeliirroja abandonó el sofá y salió del despacho, cerrando la puerta.

—Debería pegarle un tiro por lo que ha hecho, Okeland—

mascullo el dueño del club, un cuarentón bien conservado, no demasiado alto, pero

Burke se dio.

—Disculpe, Marlowe. ¿Cómo iba a saber yo qué...?

—¿No le dijo Fred que estaba ocupado?

—Sí, pero pensé que se trataba de una excusa.

—¿Cómo le voy a pasar?

—

Bueno, la verdad es que no me dejaba. Incluso le llegó a ponerme la mano encima. Y

Conrad Marlowe apretó los maxilares.

—¿Qué es lo que quiere, Okeland?

—Hacerle un par de preguntas.

—Venga la primera.

—¿Le gustan los aviones, Marlowe?

—

No, pero a veces me veo obligado a volar en ellos. Es la manera más rápida de viajar
mientras no se invente otra... Burke movió la cabeza.

—

No me refiero a ese tipo de aviones, sino a los pequeños, los que se manejan con un

—

Ah, ya... Sí, es lo que me gustan. Aunque no tengo tiempo de jugar con ellos. Soy un

—Yalovi, cuando entré—

sonrió Burke, con ironía. Marlowe dejó escapar un gruñido.

—Hágamela segunda pregunta y lárguese, teniente.

—Está deseando acabar con la pelirroja, ¿eh?

—Nole importa.

—De acuerdo, le haré la segunda pregunta.

¿Conoce a alguien que practique el aeromodelismo, Marlowe?

—No.

—¿Seguro?

—¿Por qué me hace esas preguntas tan absurdas, Okeland?

—Charles Hampton ha muerto, Marlowe.

Las orpresas que denotó el rostro del dueño del club pareció del más sincera.

—¿De veras ha muerto ese hijo de perra, teniente...?

—

Sí, esta mañana. Unos de esos avioncitos dirigidos se metió en su villa, transporta
Conrad Marlowe se estremeció ligeramente.

—

Lamento que muriera tan agente, teniente, pero no puedo ocultar que me alegro.

—Yalos ponía.

—Como he dicho antes, era un hijo de perra. Y que me perdone la perra.

—Usted no tiene nada que ver en lo sucedido, ¿verdad, Marlowe?

—Desde luego que no.

—

Más le valdrá, porque Gordon y el resto de los hombres de Hampton que salvaron.

—Lerepito que yo nosé nada, Okeland.

—Usted deseaba la muerte de Hampton, acabade confesarlo.

—

Escierto. Y tenía motivos para desearla. Pero jamás atenté contra su vida. Entreco.

—Que ha costado la vida a ochopersonas. Marlowe carraspeó.

—Lamento la muerte de las otras siete, yalodije antes.

—

Voy a crearle, Marlowe. Quien es posible que no le crea es Gordon. Procuren de

El dueño de La Sota de Oros se puso nervioso.

—

Gracias por avisarme, teniente Okeland. Tomaré las máximas precauciones.

—

Hasta la vista, Marlowe. Y repito que siento haberle interrumpido con la pelirroja.

—No tiene importancia.

—Es una hembrade categoría—

sonrió Burke, y salió del despacho. Vio a la pelirroja asomada a la puerta de un do

—Marlowe te espera, guapa. Ella no dijo nada.

Burke sonrió y echó a andar. Los músicos seguían tocando.

La rubia platino continuaba su ensayo, para goce y delicia de los tres policías que

Había realizado ya tres *strip-tease* completos.

Cuando Burke Okeland apareció, andabaporlamitadde!cuarto.

Laartista lo descubrió al instante y se volvió hacia él, dedicándole el resto del número.

Había que premiar la profesionalidad de la artista, y Burke lo hizo dedicándole un

—Gracias, muy amables—

dijolarubia, exhibiéndose totalmente desnuda.

—Atipreciosa—

repuso Burke, y fue a reunirse con sus hombres. Justo en aquel momento, Fredvo

Se incorporó, furioso, con intención de atacara Okeland.

Los agentes se apresuraron a sujetarle, pero Burke alzó la mano y pidió:

—Dejadle.

—¡Maldito policía!—rugió Fred, y dejó ir su puño derecho.

Burke se agachó con rapidez y la mazada del gorila pasó por encima de su cabeza, sin

La réplica del teniente fue muy parecida a la de un rato antes. Y tan fulminante como

Puñetazo al estómago, duro y preciso, y hachazo en la nuca, con el canto de la otra

Fred dio nuevamente con sus huesos en el suelo, donde quedó tendido de bruces.

—En marcha, muchachos—

indicó Burke, y él y sus hombres abandonaron el club.

El teniente Okeland fue visitando, uno por uno, a todos los enemigos declarados. Burke ya contaba con que ninguno lo admitiera, porque era lógico que así fueran. Desgraciadamente, no había sido así.

Todos se sorprendieron mucho cuando les comunicó que Charles Hampton había aceptado. Y, como en el caso de Conrad Marlowe, sus sorpresas parecían sinceras.

Sí, algún de ellos tenía algo que ver con lo sucedido en la villa de Hampton, aquí.

Al oír algo de la tarde, Burke Okeland se puso varias veces en contacto con los hombres.

Dichos agentes tenían como misión seguir a Gordon y sus compañeros, cuando el nombre del responsable de la muerte de Charles Hampton y las otras siete personas. Había anochecido y nadie, había salido de la villa.

De pronto la verja se abrió y dos coches salieron de la villa.

Los policías se prepararon para seguirlos en el suyo, mientras uno de los agentes.

Este compuso una mueca de contrariedad al saber que Gordon y sus compañeros.

Burke quería saber adónde iban, con quién hablaban, a quién presionaban. Sus.

Los agentes intervendrían a tiempo.

Gordon se dio cuenta muy pronto de que un coche les seguía a cierta distancia.

Pero si iban preparados.

A una indicación de Gordon, sus compañeros, los que iban en el coche de atrás.

Se trataba de unos botes.

Y los botes estallaron, formando una espesa neblina de humo muy negro, que en.

El policía que conducía el vehículo intentó atravesar la neblina y barró de humo.

Pero si fueran poco, sus ojos comenzaron a despedir unos lagrimones como guisan.

Como era de esperar, el agente que iba al volante perdió el sentido de la dirección.
El choque, muy violento, hizo perder el conocimiento a los dos policías que ocupaban los vehículos.
Para entonces, los vehículos de Gordon y sus compañeros se habían perdido y ya no quedaba nada.
El coche de los agentes se estaba seriamente averiado.
Y la radio también, por lo que los policías no pudieron comunicar al teniente Okeland.
Gordon y sus compañeros tenían el camino libre.
Podían empezar a utilizar sus particulares y brutales métodos para conseguirlo.

Casualmente, Conrad Marlowe fue también la primera persona a la que Gordon encontró.
La puerta de servicio del club La Sota de Oro estaba en una calle estrecha, que sólo tenía una salida.

Los coches de los hombres del difunto Hampton se metieron en el callejón, donde ya había un coche.
Un gato maulló, al tiempo que daba un gran salto, y luego echó a correr hacia la tapia, asustado.
Trepó por ella con la agilidad que caracteriza a los felinos, y desapareció.
Los dos coches se detuvieron y sus ocupantes saltaron al suelo. Era siete, nada más.
Y todos iban armados.

Pero que muy bien armados.

Gordon contaba, además, con el factor sorpresa, porque ignoraba que el teniente Okeland había prevenido a Conrad Marlowe.

De ahí que él y sus compañeros quedaran sorprendidos a su vez al ver que la puerta estaba abierta.

—Hola, Gordon—saludó Fred, el hombre de confianza de Marlowe.

—¿No estaba esperando, Fred?—preguntó Gordon.

—Sí, sabíamos que vendrías.

—Entonces es que fue Marlowe.

—

Teequivocas, Gordon. El señor Marlowe no tuvo nada que ver en lo que pasó esta noche.

vino a ver al jefe y le informó del suceso.

—Entiendo.

—Será mejor que os larguéis, Gordon.

—Antes me gustaría cambiar unas palabras con Marlowe.

—Metemo que no podrá ser.

—¿Por qué?

—

El señor Marlowe está tratando una cosa muy importante con una persona.

—

¿Con el tipo que dirige el maldito avióncito hacia el jardín de la villa del señor Hampton, tal vez?

Fred apretó las mandíbulas.

—

Terepito que el señor Marlowe nos abenadado lo que ocurrió en la villa, Gordon.

—¿Cuánto le pidió el tipo por despachar al señor Hampton?

Debió ser mucho, porque la empresa no era nada fácil.

—Estás agotado, Gordon.

—¿De veras, Fred?

—

Tenéis diez segundos para es fumaros. Si no lo hacéis os freiremos a balazos todos.

Gordon apretó los puños con rabia.

—

De acuerdo, nos largamos. Pero volveremos a vernos, Fred. Y entonces, también.

—Si volvéis, perderéis todos la vida.

—Y a veremos quién la pierde. Vámonos, muchachos.

Gordon y sus compañeros regresaron a sus coches, pero no se metieron en ellos, sino

Al ver que los hombres de Hampton se protegían tras las puertas abiertas de los coches,

buscando y usar armas, Fred tronó:

—¡Fuego, muchachos...! ¡Acabemos con ellos!

Los hombres de Marlowe se pusieron a disparar como locos, al tiempo que cada

Laguna del difunto Hampton hizo funcionar también sus armas. Entre ellas algo

de estruendo, en el callejón, resultó en sordecidor, ahogando los alaridos de

Los dos bandos, en cuanto a número, estaban prácticamente igualados. Si

Peró la metralla hacía mucha más pupa que las pistolas automáticas, causa

Fred intentó cargarse a Gordon, pero falló

Gordon, en cambio, acertó de lleno en réplica.

Fred recibió la bala en el pulmón derecho, cuyo hueso taladró el proyectil con

Pero si fue a poco, una posterior ráfaga de metralla le llenó de agujeros el pecho

al quedar éste fuera del cubo de basura que le había servido de parape-
to. Era el cuarto hombre de Marlowe que perdía la vida en el enfrentamiento, mien-

Los dos hombres de Marlowe que seguían con vida arrojaron sus armas y zararon los

brazos.

—¡Quietos, no disparéis más!

—¡Nos rendimos!

Gordon y sus cuatro compañeros se irguieron. El primero rugió:

—¡Salid de ahí detrás, comadreja!

Los tres se dejaron ver, muy asustados.

—¡No os matéis! Gordon —suplicó uno de ellos.

—¡Nos uniremos a vosotros, si queréis —dijo el otro.

—¡Esto es lo que nosotros queremos, bastardos! —

ladró Gordon, y accionó el gatillo de su «Luger».

Sus cuatro compañeros dispararon también. Tres de ellos, con metrallita.

Los dos hombres de Marlowe recibieron un montón de balas, antes de quedar

desmadrados en el suelo.

—¡A los coches, rápido! —indicó Gordon.

—¿No entramos por Marlowe...? —preguntó uno de sus compañeros.

—¡No hay tiempo!

¡Las metralletas arman mucho ruido, y esto no tardará en llenarse de policías!

¡Y volveremos por Marlowe en otro momento!

Las palabras de Gordon no fueron discutidas.

Se metieron los cinco en los coches y se largaron a toda prisa.

EltenienteOkelandllevabavariosminutos sin tener noticias de los agentes que se habían ido a buscar al cadáver. Ansioso por saber la dirección que había tomado el agente del difunto Charles Hampton, se puso a buscarlo.

Al no obtener respuesta, rezongó:

—Algo le ha ocurrido.

—Llame otra vez, teniente—

dijo uno de los policías que estaban con él. Burke insistió, pero sin ningún resultado.

—Es inútil. No contestan.

—¿Le habrá atacado los hombres de Hampton?—

se preguntó otro agente.

—No me extrañaría. Ese Gordon es capaz de todo—masculló Burke.

—Vayamos en busca, teniente—sugirió el tercer policía.

—Sí, en marcha—indicó Okeland.

El agente que iba al volante puso el motor en funcionamiento y el coche arrancó.

Algunos minutos después, ya en la carretera que conducía a la villa de Hampton,

Burke y sus compañeros saltaron al suelo y corrieron hacia el vehículo de sus compañeros.

Los cuatro habían sufrido lesiones, aunque no de gravedad, afortunadamente.

—Nos dejamos sorprender como unos novatos—rezongó uno de los agentes.

—Lacosa ya no tiene remedio—

suspiró Burke, sin hacerle mucho caso a sus hombres.

—Gordon y sus compañeros podrán hacer lo que les venga en gana—

dijo otro de los agentes burlados.

—Puede que lo hayan hecho ya—se temió Burke. Y acertó.

Tan sólo unos minutos después, el teniente Okeland era informado de que en la casa

Cuando Burke y Okeland se personaron en el callejón, los cadáveres estaban siendo examinados.

Burke se echó un ojo a cada uno de los cuerpos, comprobando que se trataba de los mismos hombres que

Conrad Marlowe y dos de Charles Hampton.

Después, fue a ver a Marlowe, al que halló pálido y tembloroso, todavía.

—Parece que sus hombres llevaron la peor parte en el enfrentamiento, ¿Eh, Marlowe?

—Sí, murieron todos. Los seis. Nisi siquiera Fred se salvó. Y la verdad es que no me lo

—Tendría al guárdescuido. Y lo pagaron muy caro.

Estoy aterrado, teniente. Sé que Gordon y sus compañeros volverán por mí. Deben

—Tengo una solución para su problema, Marlowe.

—¿De veras?

Confíese a alguna de sus actividades clandestinas, y así podré meterle en la cárcel. El dueño del club soltó un gruñido.

—Déjese de bromas, Okeland.

—Estoy hablando en serio, Marlowe. En la cárcel estaría usted seguro.

—No tengo por qué ir a la cárcel. Soy un ciudadano honrado.

—¡Ja!

—Piénselo que quiera, no me importa—rezongó Conrad Marlowe.

—Tarde o temprano acabará entre rejas, así que...

—No será usted quien me meta, Okeland.

Sí, no lo consigo, será por que los hombres de Hampton habrán acabado con usted

—¿Por qué nos elarga, Okeland?

Sí, y a le dejo. Y cuídese bien, Marlowe. Está muriendo mucho agente en San Francisco

—dijo Burke, con ironía, y se marchó.

Numerosos periodistas habían acudido al club de Conrad Marlowe. Connie Frazier
Encuanto vieron salir del club al teniente Okeland, los periodistas corrieron hacia él.
Sólo Connie Frazier se mantuvo alejada, como adivinando que sus compañeros
Y así fue.

Burke se negó a hacer declaraciones.

Los periodistas insistieron, pero fue inútil.

Burke se deshizo de ellos y se encaminó hacia su coche. Fue entonces cuando des-
Ellalesonrió.

Burke fue hacia el periodista de «El Herald de San Francisco».

—Hola, Connie.

—¿Qué tal, teniente?

—Y a lo ve, encontrando muertos de ocho en ocho.

—Gordon y sus compañeros han empezado a actuar, ¿eh?

Así es. Hay dos hombres de Hampton entre los muertos; los otros se irán a

deMarlowe. CuatroagentesvigilabanlavilladeHampton, pero fueronburlados.

—Aestepaso, loscementeriosdeSanFranciscosevanaquedarpequeños.

—Metemoquesí.

—¿Hacenadoya, teniente?

—No, todavíano. Nohetenidotiempo.

—Tampocoyohecenado. ¿Quierequecomamosjuntos?

Burkemirósureloj.

—Megustaría, pero...

—

Tómeseunosminutosdedescanso, teniente. Luego seguirábuscandoaloshombres.

Burkesonríoligeramente.

—Deacuerdo, vamosacomeralgo.

—Cercadeaquíhayunrestauranteitaliano.

¿Legustalacocinaitaliana, teniente?

—Sí, aunque megustamásSofíaLoren. ConnieFrazierrió.

—

Notieneustedmalgusto, tenienteOkeland. PeroSofíaLorenesunpocomayory

¿nocree?

—Talvez.

—Yosólotengoveinticuatroaños, ytampocoestoymal.

—¿Semeestáinsinuando, Connie?

—

Hombre, tantocomoeso... Sólomatadequese fijeustedunpocomásenmí.

—Yahacetiempoquemevengofijando.

—Comoperiodista.

—Ycomomujer.

—¿Enserio?

—¿Tengocaradeestarbromeando?

—Tienecaradeestarbrieto.

—Yloestoy. Rieronlosdas.

Después, ConnieFraziersecogiódelbrazodeltenienteOkelandyseencaminaron

ConradMarlowehabíahechoacudirasuclubamediadocena dehombresduros.

Tanprontocomolostiposllegaron, Marlowedecidióabandonarelclubytrasladarse

aclarado.

Allí se sentiría más seguro que en su club.

Los gorilas habían dejado sus coches en el callejón. Ellos salieron primero, metra-

Tras asegurarse de que no existía peligro alguno, uno de los hombres indicó:

—Puedes salir, señor Marlowe.

Conrad Marlowe se asomó y vio que los tipos cubrían perfectamente el callejón.

Salió al callejón y se introdujo con rapidez en el primer de los coches. Los gorilas

De pronto, se escuchó un ruido. Parecía el motor de un avión.

Y lo era.

Un avión pequeño, pilotado por control remoto.

Apareció por encima de la tapia que cerraba el otro extremo del callejón, volando

Los ojos del propietario de La Sotade Oro se desorbitaron, porque sabía lo que

—¡Nooooo...!—chilló, presa del más infinito terror.

El pánico de Conrad Marlowe estaba plenamente justificado. La muerte volaba rápida. Directa. Inexorable.

Tally como volara a aquella misma mañana hacia Charles Hampton. En un avión. Nadanadie podría tenerlo. Y nadanadie lo tuvo.

Nisi querían darte tiempo a intentarlo, porque el aparato sólo tardó tres o cuatro segundos en encontrarse con Conrad Marlowe.

Pero, aunque hubieses subido en el otro coche, tampoco se hubieran librado de los pedazos, también, se hicieron sus ocupantes. Los siete.

Las paredes del callejón se derrumbaron, quedando en ellas gigantescos boquetes.

Los cubos de basura y las cajas vacías se elevaron tan arriba que parecían globos. Tan destrozado como el jardín de Charles Hampton.

Allí murieron ochopersonas. En el callejón, siete.

Los diabólicos aviones se cobraban las víctimas una a una, sino a montones. Pero no.

Los pilotos a un ser humano. Un ser de carne y hueso.

Y eso estaba muy a tu alcance.

Minutos antes de que la bomba que transportaba el pequeño avión se estallara en.

—¿Piensas tener a Gordon y los otros, teniente?

—Desde luego. Aunque a veces tendrémos que encontrarlos.

—¿De qué los vas a acusar? ¿De la muerte de los señores de Marlowe?

—Sí.

—

Dirán quedisp araron en def en sa prop ia. Y na die po drá de mo strar que no fue así,

— Sé que no po dré man tener la ac u sa ción mu cho tie mpo, por tai ta de prue bas. Pe ro si el

sufi cien te co mo pa ra man tener a Gor don y sus com pa ñe ros al mar gen de cual qu

— No es tá mal pen sa do. Aun que...

— ¿Sí, Con nie?

—

Bueno, me es ta ba di ci en do que tal vez Gor don y los o tros go ri las no se de je nar res

— Tam bién yo lo he pen sa do.

— ¿Y...?

—

Bueno, es un ries go que de be mos co rrer. Los po lí ci a s los co rre mos mu y a me nu do

— La es po sa de un po lí ci a de be su frir mu cho.

— Ba stan te, si.

— ¿Es po res o por lo que si gue us ted sol te ro, ten ien te?

— Cre o que sí.

— ¿No pi en sa ca sa res en un ca?

— Cu an do me ju bi le, tal vez.

— No di ga to ne rías.

— Es taré de ma si a do vie jo, ¿ver da d?

— Y tan to.

—

Bueno, tal vez me ca se un po co an tes. To do de pen de de que me en a me re lo ca me n

— Si el la tam bién le qui ere, no le im por ta rá.

— ¿Se ca sa ría us ted con un po lí ci a, Con nie?

La pe ri o di sta i ba a res pon der, cu an do se es cu chó el po ten te es ta llido. El res tau ra

Bur ke O ke land saltó de la si lla y ten dió una ma no a la pe ri o di sta de «El He ral do de

Franci sco».

— ¡Cor ra mos, Con nie!

¡Ha es ta llado o tra bom ba, y so spe cho que ha si do en el club de

Con rad Mar lowe!

La gen te se a mon to na ba ya en la en tra da del des tro za do ca lle jón, cu an do el ten ie

O ke land y Con nie Fra zier lle ga ron a él.

—¡Paso!...¡Dejen paso!—

pidió Burke, metiéndose entre los curiosos, sin soltar la mano del periodista. Lograron atravesar la barrera de gente, y entonces pudieron ver lo terriblesefe. Los tres agentes que acompañaban a Burke Okeland en su investigación, y que se Connie Frazier, como ya le ocurría en la villa de

Charles Hampton, no tuvo estómago suficiente para contemplar tanto horror, y Burke Okeland le dejó y se adentró en el callejón, para hablar con sus hombres.

Yes que su cadáver estaba poco menos, que irreconocible, de tan destrozado que

Eratodotán idéntico al sucedido aquella mañana en la villa de Charles Hampton.

Otro avióncito.

Otra poderosa carga explosiva. Otra masacre...

Siete muertos más.

Con lo socho de la villa de Hampton, sumaban quince.

Ya estos habían añadido los ocho que habían perdido la vida en el tiroteo del call

Y en un sólo día.

Burke Okeland recordó las palabras de Connie Frazier: «A este paso, los cementos de San Francisco se van a quedar pequeños.»

La periodista de «El Herald de San Francisco» tenía mucha razón.

Si aquello continuaba, iba a faltar espacio para enterrar tanto cadáver.

Herman Fox era otro de los enemigos declarados de Charles Hampton. Se trataba de un individuo alto y delgado. Contaba treinta y nueve años de edad, La agencia de transportes, en realidad, no era más que una tapadera para encubrir Drogas. Prostitución. Contrabando...

Herman Fox, como Conrad Marlowe, sabía hacer bien las cosas, yaunque la poli

Desde que fuera informado por el teniente Okeland del ocurrido en la villa de Charles

Hampton, Herman Fox no se sentía tranquilo. Temía la visita de Gordon y el resto. No se marcharía a casa aquella noche, sino que la pasaría en la agencia, protegido. Si los hombres de Hampton aparecían, serían bien recibidos.

Desgraciadamente para Herman Fox y sus protectores, Gordon y sus compañeros

Ahoray sabían que los enemigos de Charles Hampton estaban alegados, y tan

Gordon consideraba peligroso volver aquella noche al club de Conrad Marlowe.

Con las pistolas y las metralletas empuñadas, Gordon y los otros cuatro gorilas

Lapuerta estaba cubierta por cuatro hombres.

Los otros cuatro se encontraban en el interior del almacén, vigilando el despacho.

Herman Fox, al que se accedía por una estrecha escalera de madera.

Gordon y sus acompañantes se detuvieron al ver a los cuatro hombres que pro

—Tendremos que eliminarlos—rezongó Gordon—

Y sin ruido. No debemos utilizar las metralletas, a menos que sea absolutamente necesario.
¿Entendido?

Los cuatro gorilas asintieron mudamente.—

Acerquémonos un poco más—indicó Gordon—

Y con cuidado, que no quiero que nos descubran. Con el mayor sigilo, los cinco ho

LoscuatrohombresdeFoxsedesplomaroncasialmismotiempo,sinhabertenido
Gordonylostresuyoscorrieronhaciaelalmacén.

LoscuatrohombresdeFoxquepermanecíanensuinteriorlosvieronirrumpirde

—¡Cuidado,nosatacan!—

gritóunodeellos,altiempoquesacabavelozmentesupistola,unaimpresionan

Losotrostresextrajerontambiénsusarmas.

GordonysuscompañerosabrieronfuegocontraloshombresdeFox,utilizando

TresdeloshombresdeFoxsederrumbaroncasienelacto.

Elotrotuvotiempodeaccionarelgatillodesuarma,abatiendoaunodelosgorila

Hampton.

Unafraccióndesegundodespués,elcuartohombredeFoxtambiéseveníaaba

Gordonylostreshombresquelequedabancorrieronhacia laescalerademadera.

Desdeelmiradordesudespacho,HermanFoxdescubrióaloshombresdeldifun

Hampton,sintiéndosepresadeunpánicocerval.

¡Veníanporél!

¡Sushombresnohabíansidocapacesdeimpedirlo!

¡Habíanmuertotodos!

HermanFoxguardabaunapistolaenelcajón desuma,peronoseatrevióaemp

Laúnica posibilidad desalvar;avida,siesqueexistía alguna,eranoofrecerresis

CuandoloscuatrohombresdeHamptonirrumplieroneneldespacho,encontra

Laspiernastambiénletemblaban.Yloslabios.

Enrealidad,todosucuerpoeraunpurotemblor.

YesqueHermanFoxseveía yaconunpieenlatumba.Comonoquería ponerelotr

—Nodisparéis,Gordon,porfavor...

Elgorilalomiróconunadurezaqueponíalospelosdepunta.

—¿Fueusted,Fox?—preguntó,convoznomenosdura.

—¿Qué?

—¿Fueustedquienplaneó lodelavioncito?

—No,lojuro.

—¿Quiénfue?

—Notengoidea.

GordonelevóbruscamenteelbrazoylodescargósobreelrostrodeFox,endonde

HermanFoxsederrumbó,dandounchillido.

Sellevólasmanosalacara,tratandoinútilmentedeconternerlasangrequebrotaba.
—Serámejorquehable,Fox—mascullóGordon.
—¡Notengonadaquedecir!;Nosénada!
Gordonlepropinóunpunterazoalestómago.
Foxaullóyseencogió,agarrándoseconunamanolazonapateada.Gordonleatió.
Eldueñodelaagencialanzóunbramidoarqueólaespalda,altiempoqueseparó.
Estoúltimofueunerror,yaqueGordonestabadeseandogolpearledondemásduró.
HermanFoxemitióunterriblealaridocuandolapuntadelzapatode!
gorilaseincrustóbrutalmenteensusgenitales,ycomenzóarevolcarseporelsuelo.
Gordonlepisóelcuello,paraquedejaraderevolcarse,ydijo:

—
Porúltimavez,Fox.QuierosaberelnombredelresponsabledelamuertedeCharles
Hampton.

Hermansedijoqueteníaquepronunciaralgúnnombresiqueríasalvarelpellejo.

—Andrew...AndrewClaxton...—

pronunció,sinapenasvoz,porqueeldoloreratanintensoqueleahogaba.

LaspupilasdeGordonbrillaronagudamente.

—DemodoquefueelbastardodeClaxton,¿eh?

—Sí,élloplaneó.

—¿Yporquénomelodijoantes?

Sehubieraahorradomuchossufrimientos,pedazodeestúpido.

HermanFoxsemantuvocallado.

Gordonlequitóelpiedelcuelloyordenó:

—Míreme,Fox.

Eldueñodelaagenciaobedeció.

Vioquela«Luger»deGordonapuntabaasucabeza.

Conojosdesencajados,porqueadivinabaqueelgorilasedisponíaavolársela,claro.

—¡No,Gordon,no...!

Elmatónnohizocasoyapretóelgatillo.

Labalaleentrójustoporentrelascejass,causándolelamuertealinstante.

—Larguémonos,muchachos—indicófríamenteGordon.

Salieronloscuatrodeldespatchoydescendieronrápidamentelaestrechaescalera.

Enelprecisoinstanteenquelacruzaban,aparecióuncoche-
patrulladelapolicía.

—¡Maldición!—

rugióGordon,quien,evidentemente,nocontabaconaquello.

—¿Quéhacemos,Gordon?—

preguntóunosuscompañeros,visiblementenervioso.Gordonibaareponder.
patrullasedetuvoylosdosagentesqueibanenélsaltaronalsuelo,esgrimiendosus
revólvers.

—¡Quietos!—ordenóelpolicíadeladerecha.

—¡Arrojad las armas!—dijo el otro agente. Gordon tronó:

—¡Barredlos!

Las metrallas comenzaron a ladrar.

Los dos policías se contorsionaron grotescamente al recibir la lluvia de plomo.

—¡A los coches, rápido!—

rugió Gordon, echando a correr. Los otros tres gorilas le dieron también a las piernas.

Segundos después se metían en los coches, dos en cada uno de ellos, y escapaban.

La tenía por dos motivos.

Porque acababa de liquidar a dos policías y porque estaba beseando a justarle.

El tal Claxton era responsable de muchas cosas feas, pero no de la muerte de Hampton.

Harman Fox le había echado la culpa para salvarse él. Un atontería, porque He

Y seguramente Andrew Claxton tampoco podría salvarse.

Los cuerpos destrozados de Conrad Marlowe y los seis hombres que habían sa-
 Un buen número de curiosos continuó abancando la entrada de!
 callejón, empapándose de todo. También había muchos periodistas, que había-
 Los informadores fusilaron preguntas al teniente Okeland, pero éste no esta-
 Tras desembarazarse del grupo de informadores, Burke Okeland se reunió con Connie

Frazier.

Lap periodista de «El Herald» de San Francisco» seguía sin colorear en el rostro. Su-
 Burke le puso la mano en el hombro, con suavidad,
 —Está muy pálida, Connie.
 —Creo que me has sentado mal, teniente.
 —No me extraña.
 —Soy demasiado horrible, para un solo día.
 —¿Por qué no se marcha a casa y se acuesta?
 —Ojalá pudiera hacerlo.
 —¿Qué se lo impide?

—

Mi trabajo. Soy periodista, teniente Okeland. Tengo la obligación de informar a
 Acaba de decir que se siente mal.

—

Y es cierto. Me encuentro mareado y siento deseos de vomitar. Pero lo superaré y
 Burke se bozó una sonrisa.

—Admiro su profesionalidad, Connie.

—

Y yo la suya, teniente. Su estómago no debe estar mucho mejor que el mío, pero es
 —Un trabajo que cada vez se complica más, desgraciadamente. Hasta hace un momento

buscábamos entre los enemigos de Charles Hampton. Pero Conrad Marlowe tan-

—Habría que pensar que se trata de un enemigo de ambos—
 dijo la periodista

—Alguien que deseaba tanto la muerte de Hampton como la de Marlowe.

—

Sí, no hay más remedio que pensar eso. Y esperamos que no deseé la muerte de na-

más, por que si pone en marcha otro avióncito, con una de esas terribles bombas.
En ese preciso momento uno de los agentes que permanecían junto al coche de Burke

—¡Teniente Okeland!

—¿Qué sucede, Steve?

—Acabamos de recibir una llamada.

—¿Y...?

El agente miró a Connie Frazier.

—Puedes hablar, Steve—dijo Burke.

—¿En presencia de un periodista...?—se extrañó el policía.

—Connie y yo nos hemos hecho buenos amigos—

sonrió ligeramente Burke. El llamado Steve informó:

—En la agencia de transportes de Herman Fox hay un montón de muertos, teniente.

Burke respingó.

—¿Otra bomba...?

El agente movió la cabeza negativamente.

—

Tiros, teniente. Uno de los muertos es Herman Fox. Le golpearon y luego le metieron

—Diez muertos...—musitó Connie Frazier, horrorizada.

—Doce—rectificó Steve, gravemente

—También murieron dos policías. Burke Okeland se estremeció.

—¿Dos poli...?

Steve asintió con la cabeza.

—

Sin duda intentaron detener a los autores de la matanza, y recibieron una escuadra

Burke apretó los puños.

—Ráfaga de metralla...

—Sí, teniente.

—Fueron Gordon y sus compañeros.

—Seguro.

—

Pagarán la muerte de esos dos policías. Juro que la pagarán. Steve guardó silencio

Connie, más pálida aún que antes, murmuró:

—

Esto es como una pesadilla, teniente Okeland. Por un lado, el tipo que dirige aviones

—

Y la noche todavía no ha terminado, Connie. Pueden morir más gente. El tipo que

—Sí, ésa es la definición exacta, teniente—asintió el periodista

—San Francisco, en estos momentos, es un auténtico infierno.

—Vamos, Steve—

indicó Burke, echando a andar hacia su coche. El agente le siguió.

Connie Frazier se introdujo en su «Mustang» y esperó a que el coche del teniente C
El también iría, aunque malditas las ganas que tenía de contemplar más muerte.
Y se debía a su profesión.

Andrew Claxton poseía una magnífica sala de billares. Era su único negocio legal.
Todos los demás estaban perseguidos por la ley.

Al igual que Conrad Marlowe y Herman Fox, Andrew Claxton había tomado su

La sala de billares estaba llena de gorilas, todos ellos armados con pistolas. Dispo

La puerta del local permanecía abierta de par en par, y todas las miradas estaban

Siloso hombres de Hampton aparecían, se verían inmediatamente apuntados por

Sin embargo, no fueron los hombres de Charles Hampton los que aparecieron, sino un

pequeño avión, dirigido por control remoto.

La totalidad de los hombres que se hallaban en la sala de billares se quedaron par

Y así, quietos como una estatua, encontraron todos la muerte.

LoshombresdeCharlesHamptondeuvieron sus coches a unos cien metros de la Gordonysustrescompañeros saltaron al suelo.

Con las armas preparadas, echaron a andar hacia el local de Claxton, literalmen

Habíandadotansólo unos pasos, cuando percibieron el ruido de un motor.

Gordon se detuvo y sus compañeros le imitaron.

Notuvieron tiempo de hacer ningún comentario, pues al instante vieron aparecer

El ingenio mecánico cruzó velozmente la calle, al tiempo que descendía, y se me

Escasos segundos después sobrevenía una tremenda explosión.

La bomba que transportaba el pequeño avión había estallado, destrozando tota

La terrible onda expansiva rompió los cristales del edificio de enfrente y dañó los

Gordon y sus compañeros se quedaron helados. El primero reaccionó y gritó:

—¡A los coches, de prisa!

Corrieron los cuatro hacia los automóviles y se metieron rápidamente en ellos.

—¡Larguémonos, antes de que empiece a aparecer coches de la policía!

—dijo Gordon. Los dos coches arrancaron y empezaron a alejarse.

Poco después, Gordon mascullaba:

—

El bastardo de Fox nos engañó. No fue Claxton quien planeó la muerte de Hampt

—

Fox debió echarle la culpa a Claxton para que dejara de golpearle, Gordon

—

adivinó uno de los gorilas.

—Sí, pero se lo hizo—rezongó Gordon.

—

Estamos como al principio. Peor incluso, porque hemos matado a dos policías y

—Aldiablo el teniente Okeland—barbotó Gordon

—. Lo único que me importa es descubrir al responsable de la muerte de Hampt

—¿Adónde iremos, Gordon?

—

Lejos, muy lejos. A México tal vez. Fuera de nuestro país estaremos más seguros

—Estoy de acuerdo.

Los coches de los hombres de Hampton siguieron poniendo distancia entre ellos y la sala

La agencia de transportes de Herman Fox parecía un cementerio. Estaba llenada

Entre ellos el teniente Okeland identificó a unos de los hombres de Charles Ha
¿Dónde se encontrarían ahora?

¿Cuál sería su próxima visita?

¿Quién es su próxima víctima?

Mientras Burke Okeland se hacía estas preguntas, se recibió un llamado por

El número de víctimas era tan elevado, que todavía no se sabía con exactitud c
Burke Okeland lanzó un rugido de rabia.

— ¿Qué se habrá propuesto el loco, acabar con medio San Francisco con sus mal

— Así parece, teniente — rezongó uno de los policías —. De la tramitación se están

encargando los hombres de Hampton.

— ¡Es increíble! ¡Jamás había conocido nada igual!

¡La gente muere esta noche por docenas!

¡Nisi quiera en los tiempos de Al Capon memoriatante gente! ¡El

Chicago de aquella época, comparado con el San Francisco de hoy, era un abalsade

aceite!

— Tiene usted mucha razón, teniente Okeland — dijo Connie Frazier

— Cuando es el tipo de los avioncitos, son los hombres de Hampton. Entre elu

— ¡El tipo de los aviones tiene la culpa de todo!

¡Elemente la matanza, haciendo estallar una bomba en el jardín de la villa de Ha

¡Si no hubiera dirigido su condenado avión hacia allí, Gordon y sus compañeros

— Estoy de acuerdo con usted, teniente — asintió la periodista

— Y habrá que seguir pensando en un enemigo común de las víctimas principales

Burke Okeland, algo más calmado ya, se mesó el negrocabello y rezongó:

No se me ocurre ningún nombre. Podría mencionara algunos enemigos de Ham

¿Por qué tanta prisa?

¿Por qué no dejar transcurrir unos días entre un atentado y otro?

¿Qué le impulsa a cargarlos con tanta rapidez?

— Quizá quiera abandonar San Francisco cuanto antes —

pensó el agente que hablara

antes.

—Es posible que así sea—opinó Connie Frazier

—.Sabe que la policía lo busca. Y también debe saber que le buscan los hombres

—Me preguntó si lo había acabado ya o si todavía haré volar algún avióncito más con

una de esas terribles bombas dentro—masculló Burke Okeland.

La periodista de «El Herald de San Francisco» también se estaba preguntando

Naturalmente, ninguno de ellos supo responderse.

Sólo el tipo que dirigía los aviones citos conocía la respuesta. Suponiendo que actu

Si había sido contratado por alguien para realizar el «trabajo», esa persona tamb

Imposible saberlo, por el momento.

Del que Burke Okeland, Connie Frazier y los tres agentes no tenían ninguna du

Pero es razón para localizarlos y atraparlos.

Pero era tan difícil como localizar y atrapar al tipo de los aviones citos, porque San F

De todos modos, Burke Okeland lo veía un poco menos difícil que antes, por la ser

Y como tres de ellos habían sido liquidados ya, la lista de enemigos de Hamptons

Vigilando al resto, tal vez consiguiera tropezarse con el tipo de los aviones dirig

Los hombres de Hampton detuvieron sus coches en una calle próxima al salón difunto Hampton.

Al igual que Conrad Marlowe, Herman Foxy Andrew Claxton, Leo Corbett y

El salón de masaje proporcionaba a Leo Corbett notables beneficios, porque

De todos modos, los beneficios del salón de masaje resultaban insignificantes si se

comparaban con los que obtenía Leo Corbett en sus otros negocios, todos ellos

Gordon y sus compañeros se acercaron con cautela al establecimiento de

Un «Dodge» marrón se paró frente al salón de masaje y dos hombres descendie

Los hombres de Hampton esperaron a que los dos tipos penetrasen en el establ

Gordon dejó transcurrir un par de minutos.

Después, él y sus compañeros entraron también en el salón de masaje.

Los dos clientes ya habían pasado al interior del establecimiento, endonde se

Eraneis, exactamente.

Pero en el establecimiento había más, protegiendo la puerta del despacho de Leo

Corbett.

Gordon y sus compañeros no mostraron sus armas, aunque la tenían a punto

Ambos bandos se miraron mutuamente, con frialdad.

—Hola, Bruno.

—¿Qué tal, Gordon?

—Quiero hablar con Corbett.

—Nova es posible.

—¿Por qué?

—El señor Corbett no está en San Francisco.

—¿Salió de viaje?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Ayertarde.

—Quécasualidad.

—Estaráunpardesemanasfuera.

—¿Porquéseráquenotecreo,Bruno?

—Meimportaunrábanoquemecreasono,Gordon.

—

¿EstásenteradodeloquepasóestamañanaenlavilladeCharlesHampton,Bruno?

—Sí,eltenienteOkelandmeinformó.

—¿Yquéopinas?

—

Quefueun«trabajo»tremendamenteinteligente.Sisupieraquienlohizo,corre
LosojosdeGordondespidieronuncentelleo.

—¿Notienesideadequiénenvióelavioncito,Bruno?

—No,ninguna.

—TalvezCorbettsílatenga.

—Nolocreo.Detodosmodos,selopreguntarécuandoregrese.

—¿Porquénoselopreguntasahora?

—Estádeviaje,yatelohedicho.

—Noestádeviaje,estáensudespacho.

—¿Sabesqueteestásponiendopesado,Gordon?—

setornóamenazanteelgestodelhombredeconfianzadeLeoCorbett.

—¿Porquénoquieresquehablecontujefe,Bruno?

SinoeselresponsabledelamuertedeHampton,notienenadaquetemerdenoso

—Noeselresponsable,puedesestarseguro.

—Quemelodigaél.

—TerepitoqueelseñorCorbettnoestáenSan

Francisco,Gordon.

—Puesyosigosincreerte,yaves.

—

Seacabómipaciencia,Gordon.Uosvaisahoramismo,porlasbuenas,uosechan
Gordonsonrió.

—Estáisdispuestosatodo,¿eh,Bruno?

—Sí.

—¡Puesnosotrostambién!—

rugióGordon,sacandovelozmentesu«Luger».

LoshombresdeLeoCorbettempuñarontambiénsuspistolas,peropocopudieron

La«Luger»deGordontambiénescupióunascuantasbalas.Dosdeellas,fueronp

Eltipoaullóysevinoabajoestrepitosamente.Contodo,tuvosuerte.

Sí,porqueaunqueumurió,sólorecibiódosbalazos,mientrasquesuscompañero

—¡Seguidme, muchachos!—

indicó Gordon, lanzándose hacia el interior del salón de masaje.

Sustres compañeros, totalmente ileso, fueron tras él. Encontraron más hombres. Cuatro, exactamente.

Y los cuatro los recibieron a tiros.

Uno de los hombres de Hampton resultó alcanzado en la cabeza, desplomándose.

Gordon y los otros dos lo vengaron, abatiendo a los cuatro gorilas de Corbett en un

Las metrallas no necesitaban más tiempo para romper a balazos a quien fuera.

Gordon abrió la puerta de una patada.

Leo Corbett se había parapetado tras un escritorio. Empuñaba una «Smith

Gordon no le dio tiempo a hacer uso de ella.

Su «Luger» soltó una bala, que fue a incrustarse en el hombro derecho del propietario.

Leo Corbett lanzó un alarido y cayó al suelo.

Gordon penetró en el despacho y corrió hacia Corbett, apoderándose del pisto

—¡Vigila la puerta, muchachos!

Sus dos compañeros se quedaron fuera del despacho, con las metrallas prestas

Corbett era un tipo bajo y algo metido en carnes. Tenía cuarenta y tres años, la cab

En aquellos momentos, sin embargo, su cara estaba tan blanca, a causa del pánico

Gordon lo miró fieramente y masculló:

—Confíese, Corbett.

—¿Qué... qué es lo que tengo que confesar?—

balbuceó el dueño del establecimiento.

—Que fue usted quien planeó la muerte de Charles Hampton.

—¡No, no fui yo, Gordon!

Este le dio un golpe en la boca, con el cañón de su «Luger», y le partió los labios. Leo

Peró le tuvo allí muy poco tiempo, porque Gordon manejó de nuevo su «Luger» y

Corbett volvió a chillar.

Gordon lo agarró del pelo, obligándole a levantar mucho la cabeza.

—Le conviene hablar, Corbett.

—¡No sé nada, Gordon! ¡Tienes que creerme!

El gorila hurgó despiadadamente en la herida de Corbett con el cañón de su «Lug

—
No disponemos de mucho tiempo, Corbett. Confíese ahora mismo lo malo.

—¡No tengo nada que confesar, lo juro!

¡Odiaba a Hampton, no voy a negarlo, pero yo no planeé su muerte!

—¿Quién lo planeó, entonces?

—¿Cómo voy a saberlo? ¡Hampton tenía muchos enemigos!

¡Cualquiera de ellos pudo ser!

Gordon soltó el pelo del sueño del establecimiento.

—¿Sabe una cosa, Corbett?

—¿Qué?

—Lecreo.

Leo Corbett dio un suspiro de alivio.

—Menos mal. Creí que no iba a poder convencerle, Gordon.

—
Pues lo ha logrado. De todos modos, no se alegre demasiado, porque voy a matar a Corbett. Tuvo un fallo cardíaco.

—¿Por qué, Gordon?

—
Porque odiaba a Charles Hampton, y si no se ha alegrado infinitamente.

—¡No, Gordon, te lo supli...!

Leo Corbett no pudo acabar la frase porque ya tenía una bala en la frente, querápi.

—Un bastardo menos—

suspiró Gordon, y abandonó el despacho de Leo Corbett.

Sus dos compañeros apuntaban con sus metrallas hacia las puertas de la habitación.

Por supuesto que, en cuanto empezaron los disparos, clientes y empleados se fueron.

Nadie se atrevió a acercarse a mirar por temor a que quedara sin ella de un certero bala.

—Larguémonos, muchachos—

dijo Gordon, después de recoger del suelo la metralla del compañero muerto.

Trotaron los tres hacia la salida del salón de masaje.

Antes de cruzar la puerta, Gordon se asomó cautelosamente. Al instante escuchó.

Un coche de la policía cerró la calle por el lado izquierdo, mientras que otros se fueron.

Los agentes delaley, cuatro en total, se hallaban apostados tras los coches y apuntaban.

Evidentemente esperaban la salida de los hombres de Hampton.

—¿Qué sucede, Gordon?—preguntó uno de los gorilas.

—¡La policía tiene cubiertos ambos lados de la calle!

—¡Qué mala suerte!

—¿Cuántos son, Gordon?—preguntó el otro gorila.

—¡Cuatro, creo!

—¿Qué hacemos, Gordon?

—¡No tenemos más remedio que salir y hacerles frente!

¡Habrá que avisar al teniente

Okeland, y éstenotardará en aparecer con más hombres!

Todavía flotaban en el aire las palabras de Gordon, cuando se escuchó el motor del

El automóvil venía con mucha prisa.

Era efectivamente el coche del teniente Okeland.

Gordon maldijo denuevo.

—¡Es Okeland! ¡Sabía que es maldito no iba a tardar en aparecer!

—¿Qué hacemos ahora, Gordon? —preguntó uno de sus compañeros.

—

Nolo sé. Okeland ha llegado contra estos hombres. Ahora ya suman ocho. Y nosotros

—¿Entonces...? —habló el otro tipo.

—Dejadme pensar, no me atosiguéis —gruñó Gordon.

Tan sólo unos segundos después se oía la voz de Burke Okeland.

—¡Eh, Gordon!

—¿Qué tal, teniente?

—¡Arrojad las armas y salid con los brazos en alto!

—¡Ni lo sueñe!

—¡Estáis atrapados!

¡Notenéis la menor posibilidad de escapar, Gordon!

—¡Y averemos!

—¡No se atestara! ¡Entregaros, Gordon!

—¿Por qué no intentas sacarnos de aquí, teniente?

¡Verá qué divertido resulta!

—¿Habéis matado a Corbett?

—¡Sí, no tuvimos más remedio!

¡Empuñaba una pistola y disparó contra nosotros!

—

¿También dispararon contra vosotros los dos policías que encontramos muertos?

—¡Enefecto! ¡Y tuvimos que defendernos, teniente!

—¡Estás mintiendo, Gordon! ¡Eres un asesino!

¡Disfrutabas disparando sobre la gente!

—¡No fui yo quien empezó esta guerra, teniente Okeland!

¡El tipo de los aviones citos es el verdadero asesino!

—¡También lo atraparemos, no lo dudes!

—

¡Si nosotros lo encontramos antes, tendrán que recoger sus pedazos con una pala.

—¡Vosotros no podréis encontrarle, Gordon! ¡Estaréis entre rejas!

—¿Qué se apuesta a que no, teniente?

—¡Vamos, Gordon, salid de una maldita vez!

—¡Tendrán que venir por nosotros, teniente Okeland!

—¡Trata de evitar un nuevo derramamiento de sangre!

¿Es que no lo comprendes, estúpido? ¡Ha muerto ya demasiada gente!

—¡Esta es mi respuesta, teniente! —

rugió Gordon, y soltó una ráfaga de metralla, llenando de agujeros el coche del

Esteno insistió.

Sabía que sería inútil.

Gordon y sus compañeros no se entregarían.

Preferían morir matando a pasarse el resto de sus vidas en la cárcel. De pronto, Gordon —¡Traed a dos de las chicas de Corbett, rápido!

— ¡Indicó a sus compañeros.

— ¿Para qué?

— ¡Con ellas como rehenes podremos salir de aquí!

¡Amenazaremos con matar a las!

Okelandy los suyos disparan contra nosotros! —explicó Gordon.

— ¡Estupenda idea!

— ¡Id por las chicas, de prisa!

Los dos compañeros de Gordon corrieron hacia las habitaciones destinadas a ellos. Todas las puertas seguían cerradas.

Los hombres de Hampton derribaron un par de ellas después de dos patadones. Encararon al cliente, completamente desnudo, se cubrió con un tapo a la altura de los hombros.

La masajista estaba en pantalón corto sujeto, aunque era como si estuviera desnuda.

— ¡Silencio! Os dejamos solos cuatro! —amenazó uno de los gorilas.

Las masajistas enmudecieron al instante.

— ¡Vosotras, venid con nosotros! —ordenó el otro.

Las chicas hicieron ademán de ponerse sus cortos y ceñidos uniformes de masajistas.

— ¡No hay tiempo para ponerse nada! ¡Salid así, tal como vais ahora!

Las masajistas se vieron obligadas a obedecer.

A empujones, fueron llevadas hasta la salida del establecimiento.

Al verlas salir, Burke Okelandy el maldisco de la tienda, pues adivinaba las intenciones.

— ¡Eh, teniente! —gritó Gordon.

— ¡Te escucho, maldito!

— Está viendo a este par de bomboncitos, ¿verdad?

— ¡Sí!

— ¡Vamos a salir con ellas, Okelandy!

¡Si hacen ustedes un solo disparo, otra vez impediré que lleguen hasta nosotros!

¿Lo ha entendido, teniente?

Burke no respondió.

— ¿No me ha oído, Okelandy?

— Si, perfectamente.

— ¡Las vidas de los dos masajistas dependen de usted, no lo olvide!

Burke no dijo nada.

Gordon y sus compañeros se dispusieron a abandonar el salón de masaje, llevándose a las chicas.

En ese preciso instante, se escuchó el ruido de un motor. Y se vio el pequeño avión

Volando directo hacia la puerta del salón de masaje.

A Gordon y sus compañeros se les puso al pie del gallinero. Sabían que llegaban

Volando, como en las ocasiones anteriores.

Y no había manera de esquivarla.

Dominados por el pánico, los tres hombres del difunto Charles Hamptonecharon

Las dos masajistas, en cambio, corrieron hacia el coche del teniente Okeland, at

—¡Corred, por Dios! ¡Vaa estallar una bomba!—

gritó Burke. Las chicas movieron aún más de prisas sus desnudas piernas. El avión

Gordon y sus compañeros ya habían dejado atrás el vestíbulo, pero denada les si

La pared saltó en pedazos, con muchas otras cosas.

Los tres hombres de Hamptontambién saltaron por los aires, despedazados.

En la calle, el «Dodge» marrón de los dos últimos clientes que acudieran al salón

Por fortuna, los tres coches de la policía estaban detenidos a una cierta distancia

Burke Okeland, sin perder un solo segundo más, se introdujo en su coche y lo p

Recordaba muy bien por donde había aparecido el avióncito.

El tipo que lo dirigió hacia la entrada del salón de masaje de Leo Corbett, aúnde

El tipo, en efecto, y así disponía a abandonar toda prisa la zona. Había lanzado
 Desde allí, se divisaba perfectamente la entrada del salón de masaje de Leo Co
 Encuanto vio que el avión dirigido por él se metía en el salón de masaje, el tipo po
 Cuando la bomba explotó, el tipo descendió a gran rapidez por la escalera il
 Se trataba de un individuo de corta estatura, delgado, con cara de loco. Aparec
 El tipo alcanzó el suelo y corrió hacia la furgoneta que permanecía estacionada
 Segundos después, el vehículo se ponía en movimiento. Casi al momento, apa

Al descubrir la furgoneta, y ver la rapidez con que ésta se alejaba, Burke adivinó que se

trataba del vehículo del tipo que dirigía los diabólicos aviones.

El coche del teniente Okeland se lanzó en persecución de la furgoneta.

El tipo, al darse cuenta de que alguien le perseguía, pisó el acelerador a fondo y la

Burke no tuvo más remedio que hundir también su pie sobre el pedal del acelerador.

Esa parecía volar, más que correr.

El coche del teniente Okeland también parecía disponer de un par de alas invisibles.

Los neumáticos, tanto los de la furgoneta como los del coche, chirriaban lastimo

A través del espejo retrovisor, el conductor de la furgoneta veía el coche que le pe

El tipo masculló una imprecación, rabioso por que no conseguía dejar atrás a su tenaz

perseguidor. Esmás, el coche acortaba distancias de forma clara. Burke Okeland

Burke, consciente de ello, extrajo su revólver, sacó el brazo por la ventanilla, y ef

Apuntaba a los neumáticos de la furgoneta, pero falló. Y no fue debido a la distan

De haber disparado con la mano derecha no hubiera erra los disparos. Pero Burke no

podíadispararconesamano,ynosóloporquelanecesitabaparamanejarelvolante.
Noobstante,Burkeinsistió.

Tampocoeralaprimera vez quedisparabaunapistolaconlamanoizquierda.Ahora
Sucuartodisparodioenelblanco,yelneumáticoderechodelafurgonetaestalló.
El tipoquehuíaconellaluchópormantenerelcontroldelvehículo,peronolefue
Seestrelló,contremendaviolencia,conunacamioneta.Milagrosamente,el tipo
Congranrapidez,elsujetoechómanodelapistolaautomáticaqueguardabaen

EltenienteOkelandllegabaenese momento consu coche.

—¡Alto!...¡Deténgase!

El tiponohizocaso,claro.

Disparócontrael parabrisas delcoche.Burkeescondiólacabezaconrapidez.Miró
Sí,pues lasbalasatravesaronelcristalyseincrustaronenelrespaldodelasientos.
Elindividuoechóacorrer.

Burkesaliódelcocheyselanzótraselfugitivo.

—¡Noescaparé,pormuchoquecorra!

El tipo se volvió y apretó el gatillo denuevo.

Burkeencogióelcuerpoydisparóasu vez contrael individuo.Ahorayapodíahacerlo.
Poresonofalló.

El proyectilatravesóel musloderechodelsujeto,quienlanzóunaullido y cayó al suelo.
Apuntódenuevoal tenienteOkeland,peroéstepusoenmarchalaúltimabala que tenía.
El individuoaullódenuevoydejó caer larma.

Sin embargo,intentórecuperarlaconlaotramano.

BurkeOkelandsehallabatodavíaavarios metros del tipo,perosalvóesadistancia.

—Se acabó,amigo.

El sujeto le miró,consusojos deloco,yrepuso:

—Peor parausted,tenienteOkeland.

—¿Paramí?

—Sí.Y para todos los policías de San Francisco.

—Nole entiendo.

—Tendrán más trabajo hallándome yo entre rejas.

—Sigosinentenderle.

—

Me había propuesto limpiar la ciudad y sus alrededores de gente indeseable. Y lo
Burke Okeland, absolutamente desconcertado por las palabras del pequeño ino

—¿Cómo se llama usted?

—Gardner; Hoss Gardner.

—¿Y de qué manicomio se ha escapado? Los ojos del tipo chispearon.

—Yono estoy loco, teniente.

—Una persona cuerda jamás hubiera hecho lo que usted ha hecho.

¿Sabe cuántas personas han matado con sus malditos avioncitos?

—

No eran personas, eran ratas. Ratas sucias y pestosas, que manchaban todo lo que

—¿Amanda?... ¿Quiénes Amanda?

—Era mi hija. La única hija que tenía.

—¿Ha... muerto?

Hoss Gardner asintió levemente con la cabeza.

—

Sí, teniente. Sólo tenía veinte años. Era una muchacha alta, esbelta, preciosa... Y

—¿Cómo murió su hija, Gardner?

—Charles Hampton la mató.

—¿Hampton?

—Sí, aunque no de una manera directa.

—Cuénteme lo que pasó, Gardner.

—

Amanda era una buena chica. Ciertodía, una amiga suya la invitó a visitar la villa

—Continúe, Gardner—rogó Burke.

—

Amanda permitió que el canalla de Hampton la hiciera suya. Contodo, no fue eso

nante. Amanda, dominada por la necesidad de seguir tomando esa maldita droga.
—Siga, Gardner.

—
Es el fin de la historia, prácticamente. Amanda, desesperada por que no podía co-

—
Y tiene usted razón, Gardner. Pero eso no justifica lo que ha hecho, a menos que la

—
Es posible, teniente. Yo quería mucho a mi hija. La adoraba. Y cuando supelo que
Burke asintió con la cabeza.

—Lo intentaremos, Gardner. Se lo prometo.

EPILOGO

Hoss Gardner fue trasladado a un hospital, endonde fue extraído alabalaque.
Mientras Hoss Gardner era atendido en el hospital, Burke Okeland se sometió.
Connie Frazier se hallaba entre ellos, naturalmente.

Al término de!

interrogatorio, y cuando ya el resto de los periodistas volaban hacia sus respectivos
—Cansado, ¿verdad, teniente?

—Mucho. Hasido undíarealmente agotador. Todo hasido muy desagradable. Bu
—También amí, teniente—sonrió la periodista.

—¿Quiere que tomemos un apajuntos, cuando termine usted con su trabajo?

—¿En su casa o en la mía?

—Lo mismo me da.

—Entonces, en la suya. Siento curiosidad por saber cómo es.

—Espero que le guste, porque...

—¿Sí, teniente?

—Bueno, prefiero decirselo cuando estemos en ella, tomando esa copa.

—Por favor, no me tenga en ascuas, teniente Okeland. Dígame lo ahora.

—De acuerdo, se lo diré. Espero que le guste mi casa porque pienso pedirle que se ca
Connie Frazier estuvo a punto de dar un brinco de alegría.

—¿Casarnos usted y yo, teniente...?

—Sí, ése es mi deseo. Compartirme vida con usted, Connie.

—¿Qué me responde?

—¡Que los dos deseamos lo mismo!

—¿De veras?

—¡Claro!

—¿No le importa casarse con un policía?

—¡En absoluto! ¿Y sabe por qué?

—No.

—¡Porque estoy loco por él!—

confesó la periodista, y se colgó del cuello de Burke. Estar rodeó con sus brazos y

Connie le devolvió el beso con idénticas ganas. Había soñado tantas veces que se

encontraba entre los fuertes brazos del teniente Okeland, que casi no podía creerlo.
Pero era cierto.

Las mejores novelas de

MARCIAL LA FUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

**CENTAURO y
OESTE
LEGENDARIO**

¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.**

